

CAPÍTULO XXIV

TÍBET.

Anteriormente se nos ha presentado repetidas ocasiones de mencionar el Japon y el Tibet, pueblos de tan grande importancia en los acontecimientos del Asia oriental y media. Dejando para otro lugar hablar del Japon, nos limitaremos aquí á hacerlo del Tibet.

Estiéndese este desde la vertiente septentrional del Himalaya hasta el oeste de la China, al sur del Turkestan chino y al levante del Turkestan independiente, en una longitud de dos mil millas de oeste á este y de seiscientas de mediodía á norte. Es país de montes y llanos muy elevados, donde el hombre habita á más alto nivel sobre el mar que en ningun otro punto (1). Los inviernos son allí muy rigurosos aunque el país está en el límite de la zona torrida (28°). El veneciano Marco Polo fué el primero que habló de él, y desde entonces hasta los misioneros no se han tenido otros conocimientos. Antonio Andrade, jesuita portugués, lo visitó en 1624; en 64 un jesuita francés y otro alemán: el padre Horacio de la Peña fundó allí en 1732 una mision católica, y dió una *Breve noticia* del Tibet, publicada luego por el padre Giorgi en Roma en 1761, el cual acumuló en el *Alphabetum tibetanum*, una erudicion indigesta. Pallas describió en 1777 aquel país, y algunos años después los ingleses enviaron al gran lama una embajada, presidida por Samuel Turner, que trazó una interesantísima descripción de todo.

La poblacion no es uniforme, y en lo que cabe hablar de un país tan remoto, puede decirse que algunos de sus habitantes, como los butias, los magaros y los newaros, fueron lanzados á las altu-

(1) La ciudad de Daba está á cuatro mil setecientos noventa y seis metros sobre el nivel del mar, es decir, á la misma altura que el monte Blanco.

ras del Himalaya y del Nepal por la raza india; y que los tibetanos, propiamente dichos, se dirigieron allí desde el lado opuesto. Parece, según los libros chinos, que los *kiang*, como llaman á los tibetanos, ocupaban la estremidad occidental de la China, aun antes de que las colonias que poblaron el imperio celeste, bajasen de los montes Kuen-lun. Tenian una vida errante con sus numerosos rebaños, sin gobierno y sin más derecho que la fuerza. Los tibetanos creen descender de una especie de monos, y el centro del país se llama aun el país de los monos; se reputan, en consecuencia de este pretendido origen, por los primeros que nacieron del género humano (2).

Como no han conocido el alfabeto anteriormente al siglo VII de nuestra era, no se apoyan con respecto á los tiempos antiguos, sino en tradiciones. El compendio de sus libros históricos, publicado por el padre de la Peña, es una obra árida, cuya cronología es falsa, y que comunmente no habla sino del nombre de los reyes. Prasrimpo y Prasrimno están indicados como los antecesores de aquella nacion, y se nombra como su primer rey á Gniatrizingo, hijo de la mujer de Makkiaba, rey de la India; espuesto en su infancia y recogido por un campesino, se refugió luego en el Tibet, donde introdujo la agricultura. Viviendo los tibetanos en tribus distintas, jamás formaron una gran nacion; y el trabajo que se tomara uno en indagar cuáles fueron sus vicisitudes, no sería compensado ni por el interés ni por el provecho que pudiera encontrarse. Entre las demás tribus descolla-

(2) Hanuman, príncipe de los monos, que llegó al socorro de Rama, en la guerra de Lanka, según la mitología indiana (t. I, pág. 182), bien podría significar un príncipe del Tibet.

ron las de los Tu-fan, en el Tibet oriental, cuyo jefe Huti, que pretendia descender de los emperadores chinos, reunió bajo su autoridad varias hordas de aquella comarca (491). Sus descendientes ocupaban, á mediados del siglo VI, los países montuosos al Sur del Chen-si; fueron poderosos durante la dominacion agitada de los deos y tomaron el título de *zan-pu*, es decir, hijos del espíritu celeste. Residian en su mayor parte en las orillas del Losachuan, cerca de Lassa; y, aunque se encontrasen allí algunas ciudades, preferian habitar en tiendas á los alrededores.

Otras hordas vagaban á ciento cincuenta millas de aquel campamento, allende el lago llamado el mar Negro, alimentándose de leche, queso, carne de buey y granos tostados. Pielas y telas de lana componian sus vestidos. Los que morian eran enterrados con los caballos y los bueyes degollados sobre el sepulcro. Se servian, á guisa de escritura, de pedazos de madera tallados, y de cordelillos con nudos para ayudar á la memoria (3). Cada año prestaban juramento á su rey inmolando perros y monos, y hacian cada tres años un sacrificio más solemne de hombres, caballos, asnos y bueyes. Contaban el año por la recoleccion de los granos.

El *zan-pu* Ye-zung-lung introdujo el buddismo en el Tibet (630), y pudo poner sobre las armas centenares de miles de hombres, con los cuales venció á muchos pueblos del Asia interior y al rey de la India media. Envió, sin embargo, una embajada al emperador de la China Tai-sung, para ofrecerle ser su vasallo, pidiéndole por mujer una princesa de sangre real. Pero no habiendo podido obtener lo que habia sido concedido á algun príncipe turco, se adelantó con un grueso de tropas sobre las fronteras de la China, y consiguió de esta manera el matrimonio deseado.

Lu-tung-zan, regente durante la minoria de Kli-li-fa-bu (650), su sucesor, triunfó de los pueblos vecinos, y adquirió tal poder, que el emperador de la China concibió recelos: pero aquel hábil ministro supo disipar sus temores, y dirigió sus armas contra el Asia central. A su muerte, la regencia pasó á su hijo King ling; entonces el emperador de la China se declaró enemigo de los tibetanos, y sostuvo los cuatro distritos militares del Asia Central; pero los tibetanos llegaron á apoderarse de ella y á derrotar ciento cuarenta mil chinos enviados á su territorio (678). Apoderáronse, además, en los años que siguieron, de muchos distritos de la China occidental: aliados con los árabes (790), continuaron inquietando el resto del país, y acabaron, como ya lo hemos referido, por hacerse dueños de la misma capital de la China. En memoria de la paz, que se celebró medio siglo después, se erigió un monumento en Lassa; el monumento subsiste, pero la paz no fué de larga

(3) KLAPROTH, *Reseña de los pueblos del Asia media.*

duracion. No obstante, encontrándose los tibetanos debilitados por sus interiores discordias y por sus guerras con los turcos, su *zan-pu* se sometió á la China (866). Los anales de este país no hablan de ellos hasta la época en que Ku-su-lo (1015), descendiente de los antiguos *zan-pu*, propuso al emperador atacar unidos al rey Hia, cuyo engrandecimiento habia dado el último golpe á los tibetanos. Aquel príncipe tenia por ministro á un astuto y cruel bonzo: el cual, deseoso de devolver á su país su antiguo poder, declaró la guerra á la China pero no salió airoso en su empresa. Habiéndose enagenado la voluntad de sus súbditos su sucesor, estallaron rebeliones por todas partes; fraccionado el Tibet entre príncipes hostiles unos á otros, reconoció la supremacia de la China (1125), que se encontró de esta manera libre de los ataques de aquellos incómodos vecinos.

Fueron vencidas y dispersadas otras tribus de los *yue-chi* que se encontraban en guerra con los *yung-nu* (126 d. C.) Solicitaron la alianza de los tibetanos los emperadores Han, enemigos como ellos de los *yung-nu*; pero aquellos prefirieron llevar sus armas á las opulentas comarcas de la Persia y del Sind, y se hicieron poderosos en la Transoxiana hasta el siglo V, en que el poder creciente de los Sasánidas y las invasiones de los *yuan-yuan* quebrantaron sus fuerzas.

Su religion era una mezcla de idolatria y de reminiscencias nacionales. Los lases, génius benéficos, de hermosa y noble estatura, y de amenazador semblante, están divididos en nueve coros. Entre los genios maléficos, uno de los principales es Gongor, quien, sin embargo, protege el mundo, la religion y la fé. Jam-yang, dios de la sabiduria, habitante de la luna, enseñó á los dioses que era necesario, para dar nacimiento al hombre, que un dios y una diosa tomasen la figura de monos. Gnezeden, quinto de los antiguos soberanos del mundo, nació de un tumor Zedent, es decir, el muy hermoso y de uno de sus muslos, engendró un hijo. Zangan-dara-eke, en otro tiempo reina, y convertida en una diosa que se invoca en los peligros, está representada con tres ojos: uno en la frente, otro en la palma de la mano, el tercero en la planta del pié.

Una reina procedente de la India, para contraer matrimonio en el Tibet, habia llevado consigo una pequeña estatua de Sakia Muni, es decir, de Budda, y algunos libros. El mencionado *Ye-zung-lung*, habiendo oido hablar de ello siglo y medio después, envió á la India á Tuomi-sambuoda, su primer ministro, para procurarse con respecto á estos datos más exactos. Este introdujo á su vuelta dos clases de caracteres para escribir la lengua del país.

El buddismo en el Tibet.—Este es un primer beneficio hecho por el buddismo á la civilizacion. Ningun país le fué tan deudor como el Tibet, donde, no encontrando ni letrados ni bracones para combatirle, se estendió con rapidez. Enseñó

máximas morales á gentes que no poseían ningunos conocimientos. Sustituyó á príncipes guerreros, jefes contempladores sin ambición de conquistar, aspirando solamente, por el contrario, á alcanzar la perfección por medio del aniquilamiento estático. La escritura y la antigua civilización de la India fueron importadas entonces al Tibet, de donde algunos pensadores del siglo pasado las pretendieron originarias, queriendo que toda la cultura intelectual descendiese de aquellas elevadas cimas para derramarse por el resto del mundo. Algunos religiosos enviados á la India por Trisrung-teu, volvieron con el *Kanyur*, es decir, el gran cuerpo de la doctrina de Sakia, en ciento ocho tomos. Le hizo traducir y erigió *mias* ó templos para custodiarlos. Y como según los budistas, como ya lo hemos dicho, basta para hacer eficaces las oraciones ponerlas en movimiento, ya recitándolas, ya escribiéndolas, ó de cualquiera otra manera que sea, aquellos libros están en ruedas que dan vueltas sin cesar por el impulso del agua. Su número determina el de las lámparas encendidas en las grandes solemnidades, y de las cuentas de rosario que los bonzos pasan entre sus dedos.

Irritados los grandes por el favor que concedía el rey á la nueva doctrina, robaron tantos libros como pudieron, como también la estatua de Sakia, y convirtieron su templo en matadero. Pero siguieron grandes desastres á aquel sacrilegio, hasta el momento en que el rey, para apaciguar al ofendido dios, llamó de la India al gran sacerdote Urkien, quien, con obras expiatorias, hizo cesar el azote. Lanzados por las persecuciones, los mismos budistas fueron á establecerse en el Tibet; y Boddhisatua, encarnación divina del grado inferior, fundó el primer convento en Samia, á tres jornadas de Lassa. Otros le siguieron; pero aislados de su centro y viviendo en medio de una nación tosca, se hicieron ellos mismos incultos. En el curso del siglo xi, un bonzo pasó de la China al Tibet, para sustituir allí la gran doctrina á la pequeña, es decir, la teología filosófica á la mitología leyendaria, pero confundido por un budista, tuvo que marcharse sin dejar otra cosa por recuerdo, á aquellos que creían en él, que una de sus botas. Continuaron, pues, los tibetanos su ortodoxia grosera, sin acudir siquiera á instruirse en la isla de Ceilan, donde el buddismo se conservaba puro de las mezclas que se habían introducido en la China.

Gerarquía budista.—Como habían sacado su creencia de un origen diferente, no reconocían la supremacía del Buddha chino. Pero algún tiempo después de la época de que hablamos, habiendo invadido los mongoles la China, y amenazando desde allí hasta el Egipto y la Silesia, el Buddha que se sentaba al lado de los nuevos emperadores participó de su poder, lo cual le dió un desusado brillo y la categoría de rey. Quiso el acaso que el Buddha de aquel tiempo Kang-ka-yambo, fuese ti-

betano: en su consecuencia designaronle en su patria estensos dominios y recibió el nombre de *lama*, que en aquella lengua significa sacerdote. Llegando entonces á ser príncipe y aumentándose cada vez más su autoridad con el favor de los mongoles, dió mayor solidez á la gerarquía. Hasta entonces, cada convento del Tibet, había tenido á su frente un gran *lama*; todos aquellos *lamas*, por una no interrumpida sucesión, se remontaban hasta el patriarca Urkien. Solo entonces se estableció en jefe supremo, encarnación de Buddha. Inmediatamente después de él vienen cinco grandes *lamas*, personificación de los hijos de Buddha; después cinco *lamas* budistas, es decir, hijos de aquellos hijos encarnados. Los primeros forman el consejo del lama supremo, y á su muerte eligen su sucesor en una especie de cónclave. Los *lamas* secundarios están distribuidos en las provincias, según la necesidad, con sus vicarios (*gibons*).

El último grado de la gerarquía está ocupado por los *kegnien*, niños de ambos sexos, dedicados por sus padres á la vida religiosa, que hacen á los nueve años profesión de observar los cinco preceptos budistas, y viven en comunidad ó aisladamente. Los *ketzuel* cumplen los diez preceptos de profesión, y pueden á los veinte años ser profesos (*ke-long*) con votos solemnes. Algunos, entre estos, son simples monjes (*traba*); otros priores (*lama*), y viven de espontáneas ofrendas. Toda mujer, para presentarse á un *lama*, debe, si no quiere pasar por seductora, teñirse el rostro con azúcar rojo y con los residuos de la infusión del té. Hay además doctores en las ciencias mágicas y adivinatorias (*nga-ramba*), que pueden casarse, y dependen también de ciertos jefes; no existe ningún monasterio sin tener su *chok-long*, ó doctor mago, con un traje espantoso, que adivina el porvenir y dice oráculos.

Entonces fué compilada la inmensa colección de los libros sagrados de los tibetanos, que costó tres mil onzas de oro. Contiene obras de Buddha y de sus discípulos, sus vidas y las de los patriarcas, las actas de los concilios, en una palabra, toda su literatura canónica (4).

Los Ming, que sucedieron á los mongoles en China, no persiguieron el buddismo que volvió después triunfante con los manchues. Bajo éstos fué redactado el diccionario poligloto, que podría llamarse la *Suma* de aquella religión, en la que todas las denominaciones mitológicas y expresiones filosóficas, relativas á Buddha, están reproducidas en cinco lenguas: sanscrita, china, manchua, mongola y tibetana.

(4) El *Kanyur*, ó enciclopedia religiosa de los tibetanos, forma doscientos treinta y dos tomos; y la versión mongola no puede venderse en China sin permiso del emperador, ni en menos de 6,666 pesetas. La sociedad de Calcuta, envió un ejemplar á la Biblioteca real de Paris, en cien tomos, en folio, impresos en papel del país. Véase t. I, pág. 192.

Del Tibet se propagó el buddismo á la Mongolia (1147), donde el lama Sakia-pandita enseñó también el alfabeto siriaco que había aprendido de los turcos uiguros, y éstos de los nestorianos. Esto contribuyó á pulir á los mongoles y les dotó de una literatura, como que fueron traducidas diversas obras religiosas del sanscrito y del tibetano á su idioma.

Desde que el lama supremo se encontró poderoso, aun en lo temporal, fué ambicionada su categoría: y habiéndose el lama de un gran monasterio de Bricun adelantado á mano armada contra el de Sequia, se apoderó del principado á pesar de la investidura imperial dada al otro. Recurrió, pues, á la China el lama desposeído, la que habiendo intervenido, dividió el Tibet parte entre diferentes príncipes que le eran afectos, y otra parte entre los dos competidores. Resultó de ello que el lama supremo se vió reducido á la ciudad de Sequia y sus alrededores, con títulos de honor sin provecho. Mientras que los dos pontífices continuaban haciéndose la guerra, se presentó un príncipe tibetano que sujetó á ambos, después fué el mismo sujetado por los gengis-kanidas. De esta manera cesó el jefe de la religión de ser rey.

Al fin del siglo xvi, un jefe llamado Altan, convirtió las creencias religiosas en instrumento de su ambición. Habiéndose apoderado á viva fuerza del país en que domina el lamismo, invitó al lama supremo á presentarse en sus Estados. La encarnación divina accedió á sus votos, y grandes milagros acompañaron á su viaje; entre otros, cuando el príncipe y el pontífice llegaron á encontrarse, se reconocieron de repente, como personas, que por efecto de la metempsicosis, se habían ya visto en una vida anterior. Recordaba Altan haber sido Kubilai, descendiente de Gengis-kan, el hombre á quien había obedecido el mayor número de súbditos; y el lama recordaba los honores con que se le había colmado en los tres siglos anteriores, cuando vivía en la persona del lama Pepsapa, descendiente del que enseñó á los mongoles el arte de escribir. Amigos de tan larga fecha se entendieron fácilmente para destruir ciertos restos de barbarie; luego se separaron perfectamente de acuerdo, después de haberse dado mutuamente el uno al otro el título de inmenso y supremo rey, y el otro de sacerdote oceano (*Dalai lama*) título conservado por sus sucesores.

Pero la unidad de aquella supremacía fué fraccionada por las dos sectas del gorro encarnado y del gorro amarillo. Los *lamas* de la primera dominan en el Butan, gran meseta en medio de los montes del Himalaya, y rechazan la autoridad del *dalai lama*. El Tibet está dividido entre tres *lamas* del gorro amarillo: el *dalai*, cuyo palacio y pagoda están en Potala, poco distante de Lassa, se halla revestido de cierta supremacía respecto de los demás, pero deja con una muelle apatía sacerdotal, á un teniente seglar gobernar una porción del territorio; el de Zang, residente en Te-chu-lumbu,

dueño de otra parte del país, y el taranot-lama, príncipe de una porción de la Tartaria, que tiene su asiento en Karka, cerca de la frontera rusa. Los tres representan una encarnación de Buddha. El favor del emperador de China dió, en 1792, la preponderancia al gorro amarillo.

En el día el gran lama depende del imperio de en medio, y recibe del tribunal de ceremonias el permiso de titularse *supremo*, á condición de añadir y *súbdito muy obediente*. Los cuatro mil hombres que el emperador de China mantiene allí, á título de honor, le conservan en completa servidumbre. Si cae en la desgracia del emperador, es invitado en la corte, donde es recibido con solemnes demostraciones, y el hijo de Tien lleva la condescendencia hasta hacerle curar por sus médicos. Después, al cabo de algunos días, la gaceta oficial anuncia que el dios Buddha ha cambiado de morada y se dispone á renacer entre los tibetanos.

Esta nación es en el día dulce, afable; los hombres son afeminados, y su fisonomía participa de la de los mongoles. Las mujeres son morenas, con las mejillas coloradas de un vivo encarnado, y sobrepujan á los hombres en vigor; por lo cual sirve una sola para muchos maridos. Se entregan al comercio y á la agricultura, y el nacimiento de una niña es un motivo de fiesta.

Los regalos más usados en el Tibet son los pañuelos; los ricos los cambian entre sí, se regalan entre novios, y se ofrecen al lama. Consiste el saludo en quitarse el sombrero, en cruzar los brazos sobre el pecho y en sacar la lengua formando punta. Su idioma abunda en monoslabos y carece de partículas y de inflexiones, como el de los chinos. Resulta de esto que sus escritos son muy oscuros. Las obras religiosas están redactadas en un lenguaje sagrado, que se parece al sanscrito.

Antiguamente los tibetanos se comían á sus padres cuando dejaban de vivir. En el día, cuando pierden á uno de ellos, le acercan la cabeza á las rodillas, le meten las manos entre las piernas; después de haberle atado de esta manera, vestido con su traje usual, lo suspenden en un saco en una cesta: entonces llegan los parientes á hacer el duelo, el lama á recitar las oraciones, y cada uno lleva, según sus facultades, manteca al templo para derretirla delante de las imágenes sagradas. La mitad del ajuar del difunto pertenece al santuario; la otra mitad se vende para comprar té á los *lamas* y pagar las exequias. El cadáver se lleva después á los cortadores que lo atan á una columna, y cortan la carne en pedazos, que arrojan á los perros, como también los huesos, machacados en un mortero con harina. Otras veces los dejan colgados para que sean comidos por los buitres; los de los pobres son arrojados al agua. Los cadáveres de los religiosos son quemados (5).

(5) Encontró Rubruquis estos usos en el siglo xiii;

En la medicina se reconoce por principal agente de la superstición las oraciones, así como los encantos de los lamas y de los monjes. En los casos menos graves, los enfermos, después de haber sido frotados con manteca, se esponen al sol; y cuando está cubierto por las nubes, se les cubre de hojas de papel y le ahuman con hojas de abeto.

Estando de embajador en Pekin el padre Jacinto vió uno de sus banquetes de ceremonia. Se colocaron por edades alrededor de varias mesas largas y bajas, recostados en cojines de borra. Después de haber probado de un manjar hecho de harina de cebada (*san-pa*) con manteca, bebido vino, cerveza y té, el cual no endulzan, sino que por el contrario le echan sal y manteca, se quitaron los sombreros para recitar las oraciones, enseñada tomaron otro té y un nuevo *san-pa*, y bebieron vino; después se sirvió a cada convidado una taza de cebada y arroz, sazónada con manteca y azúcar; recitaron otra oración y empezaron á comer de esta sopa con los dedos y á beber vino. Hecho esto, todos se levantaron para pasearse en el patio; habiendo vuelto á la mesa, encontraron trozos de carnero crudo sazónado con sal, pimienta y ajo, acompañados de grandes pedazos de vaca, crudos también. Después de haber orado otra vez, cada uno sacó un cuchillo de la cintura y trinchó la carne, comiéndola juntamente con los pedacitos

pero son muy antiguos y señalados en otros países. Estrabon dice que en la Bactriana los ancianos y los enfermos deshaciados eran abandonados á ciertos perros llamados *ονταροταρ*. Refiere Ciceron que entre los hircanios la sepultura más noble es aquella que consiste en ser devorado por los mastines. (*Tusc.*, I, 45). Otro tanto cuenta Justino de los partos, y esta costumbre aun subsiste entre los calucos.

que estaban salados; y se tornó á beber y á pasear y volviendo á ponerse á la mesa y á beber, llevaron por tercer servicio un lebrillo de *tuba*, especie de puches de pasta y carne picada. Recitóse otra oración; los convidados se armaron de los palitos que usan como en la China, en lugar de tenedores, y comieron de aquel amasijo. Sucedió á esto pastelillos que fueron envueltos en servilletas para enviarlos á casa de los convidados, con lo que terminó el banquete que había durado más de medio día; y volviendo á pasearse y á orar, bebiendo, cantando y bailando hasta la hora de la cena, que se pareció á la comida aunque fué más breve.

Sus fiestas religiosas se asemejan á las de los indios. Tienen al principio de cada año, en el mes de febrero, tres días de regocijo, durante los cuales cambian entre sí regalos. Después se consagran quince días en Lassa á solemnidades religiosas, en memoria del triunfo del buddismo. El dalai lama da entonces un festin con danzas guerreras y juegos en la maroma. Todos los lamas de los alrededores van al encuentro de su jefe supremo, para ofrecerle donativos que llevan sobre su cabeza. Al finalizarse estas fiestas, un hombre del pueblo, disfrazado de demonio, se presenta á un sacerdote que figura el dalai lama y le dice: «Lo que vemos por las cinco vías de la inteligencia no es ilusorio; ninguna doctrina está exenta de errores.» El sacerdote le rechaza; después, á título de prueba decisiva, le desafía á echar los dados. El fingido dalai lama tira el suyo tres veces é infaliblemente saca seis; el demonio saca siempre as. Vencido de esta manera huye. Entonces los sacerdotes y el pueblo le dan golpes y persiguen hasta una gruta, donde se refugia para restablecerse con manjares preparados al efecto. Esta es la consagración de la doctrina de la nada.

EPÍLOGO

Esta época se nos ha mostrado fecunda en grandes sucesos. Alzase un poder nuevo en el Oriente sobre las ruinas del antiguo imperio persa, de la antigua Siria, del antiguo Egipto. Se forma un nuevo imperio de los restos ó de la fusión de los diferentes reinos de Ostria, Neustria, Borgoña y Lombardia, y se ensancha hasta representar la unión de todo el Occidente. Se constituye un poder que, juntando la espada al báculo pastoral, debe sobrevivir en su debilidad á todos los demás que le invocan ó le amenazan.

El imperio de Bizancio demuestra cuanto aventaja la administración romana á los desórdenes de los gobiernos bárbaros; porque falto de brazos, de dinero, de valor, de patriotismo; dividido por heregias, azote de la humanidad y del buen sentido; acosado por enemigos vigorosos, se sostiene todavía, como un edificio bien fundado, minado por el tiempo. Hasta puede dar á conocer, cuando una mano capaz empuña las riendas del gobierno, que la civilización equivale á la fuerza. Por eso se lee en las fábulas cabalísticas que, después de la muerte de Salomon, su cadáver permaneció en pié un año entero, mientras que los demonios, á quienes había obligado por arte mágico á trabajar en el templo, creyéndole todavía vivo, proseguían su tarea. Por último, habiendo roído un gusano el baston en que se apoyaba, cayó entonces al suelo, reconocieron los espíritus que había cesado de vivir, y recuperaron su libertad.

¿Están acaso desprovistas de enseñanza las vicisitudes de la civilización de la China, tan diferente de la nuestra? No lo creemos; y en la vacia monotonía de su moral acompasada, siempre predicada sin ser observada nunca, hemos hallado algunas cosas que no sería inútil repetir ni aun á los países cuyas instituciones son mucho más liberales, como en otro tiempo se servían de fábulas para instruir,

cenurar ó corregir á los hombres. Puede haber exageración en el ejemplo de aquellos ministros, de aquellos letrados, que, precedidos de su ataud, van á decir la verdad al emperador; pero uno de ellos ha escrito estas palabras: «La ruina de las dinastías de Sin y de Sui ha provenido de que en vez de limitarse, á imitación de los antiguos, á una inspección general, única que conviene á un soberano, pretendieron gobernar todas las cosas inmediatamente y por sí mismos.» (1) ¿No es esta una de las causas más generales de ruina para las monarquías?

Hemos narrado las injurias dirigidas á los bonzos y al culto de Fo; pero conviene no olvidar que consultamos únicamente las obras de los letrados, enemigos declarados de una religión que arruinaba su docto materialismo, y, lo que es más, su poder oficial. ¿Quién puede decir bajo cuán diferentes aspectos se presentarán estas narraciones, cuando la guerra, ese terrible instrumento de civilización, haya derribado las barreras, dentro de las cuales esa nación, envuelta en fajas de seda, arrastra su larga infancia? Quizás este día ha nacido ya.

¡Cuánto asombro no escita la nación de los árabes! Divididos en mil repúblicas diferentes en su península nativa, teniendo cada una de ellas distintos dioses, su historia es un desierto, donde únicamente las batallas señalan el camino. El único vínculo que les unía era la creencia en que estaban de descender de Abraham todos. Este vínculo lo fortifica Mahoma. Enseña una religión sin misterios, un culto sin sacerdocio, una caridad limitada á los creyentes: impone privaciones y promete goces: proclama que solo es noble aquel

(1) DU HALDE, *Compilacion de obras hechas bajo los Mings.*